

presidente la Reynie para referirle los pormenores de su entrevista con Oliverio Brusson, desplegando en su carta todo el calor, toda la elocuencia que presta al estilo una convicción inquebrantable. El presidente se apresuró á enviarle á decir que se regocijaba sinceramente de la inocencia de su joven protegido, pero que era menester que la justicia siguiera su curso: si Oliverio persistía en negarse á revelar lo que sabía, el tribunal se vería obligado á triunfar de su resistencia por los medios extremos.

Presa de la ansiedad que estas palabras le produjeron, la señora de Scuderi, que conocía bien los sangrientos rigores de la Reynie, corrió á casa de Pedro Arnaud d'Audilly, el más célebre abogado de París. Esperaba, con su apoyo, conseguir que se aplazara la ejecución de la sentencia de la Cámara Ardiente. El legista, después de haber escuchado cortésmente á la dama, respondióle sonriendo con este verso de Despreaux:

Lo verdadero puede á veces no ser verosímil.

Probó claramente á la señora de Scuderi que todas las apariencias se reunían contra la veracidad posible de la confesión de Oliverio, y que en todo caso, las medidas que proponía la Reynie para llegar al descubrimiento de la verdad le parecían infalibles.

—Pues bien—exclamó la señora de Scudery—iré á arrojarme á los pies del rey.

—Guardaos bien de ello, señora—replicó el jurisconsulto.—El rey no indultará jamás á un hombre que se niega á revelar á los tribunales un misterio semejante: la seguridad pública está comprometida en ello. El pueblo entero se rebelaría contra tal abuso de la clemencia. Que vuestro joven hable con franqueza, que responda á todas las preguntas; y si no llegase á pro-

bar su inocencia para que le absuelvan, os quedará siempre, como último recurso, el derecho de apelar á la misericordia real.

Este prudente consejo merecía ser atendido. La señora de Scuderi se retiró á su casa muy afligida; pero rogando á Dios que venciera la obstinación de Oliverio Brusson, quien con una sola palabra podía evitar deshonra y patíbulo. Por la noche, su fiel Martinière entreabrió la puerta del tocador donde se había encerrado todo el día su señora, y anunció casi en voz baja que el conde de Miossens, coronel de guardias del rey, solicitaba el honor de ser recibido sin demora.

—Señora—le dijo así que estuvieron solos—me dispensaréis que me presente tan á deshora en vuestra casa cuando sepáis que vengo por Oliverio Brusson.

—¡Hablad! ¡oh, hablad pronto, caballero! os lo suplico—exclamó la señora de Scuderi.

—Todo París—continuó el coronel—está persuadido de la culpabilidad de Oliverio; pero vuestro excelente corazón, lo sé, os conduce á creer todo lo contrario. A decir verdad, señora, nadie mejor que yo puede reconocer la inocencia de ese joven en el homicidio de Cardillac... porque yo soy, señora, quien le mató en la calle de San Honorato, cerca de esta casa. Es preciso que desde hoy se declare á Cardillac autor único de los ataques nocturnos que han costado la vida á tantas honradas personas. Concebí la primera sospecha cuando ese miserable, al entregar un aderezo para mí á mi ayuda de cámara, le dirigió muchas preguntas para averiguar á qué hora de la noche iba yo á ver á cierta señora. Esta pregunta, que me fué comunicada al punto por un servidor fiel, parecióme ocultar algún misterio de iniquidad. Había oído decir que todas las víctimas presentaban igual herida; podíase inferir que la misma mano descargaba todos los golpes y que el asesino cifraba su confianza en una sola manera de em-

plear la daga. Por eso me ocurrió precaverme contra sus ataques, poniéndome bajo el traje una ligera coraza. Fui atacado por un solo hombre, por Cardillac; su puñal, como yo había previsto, resbaló sobre el acero que cubría mi pecho; y aprovechándome de su sorpresa, tendíle á mis pies de un golpe seguro, al que no hubiera resistido un gigante.

—¿Y habéis guardado silencio á riesgo de que cayera la cabeza de un inocente? ¿Es noble, es levantado esto, señor conde?—exclamó la señora de Scuderi.

—Pero, señora—repuso el coronel—¿habéis olvidado ya que el mariscal de Luxemburgo fué encerrado en la Bastilla por haberse hecho decir la buenaventura? ¿No sabéis que la Reynie, cuyo oficio es olfatear la carne que se arroja al verdugo, habría podido, en un exceso de celo, tratarme como á otros muchos á quienes se tiene la pretensión de hacer justicia? Sí, ciertamente, me guardaré bien de entregarme á la voracidad de los buitres de maese la Reynie. Deseaba únicamente al venir aquí, señora, ofrecer os una certidumbre más de la inocencia del pobre diablo que no tiene más esperanza que en vos. Aprovechaos de mi confianza, sin abusar de ella en contra mía. Cardillac era un miserable; Oliverio Brusson no vale quizás mucho más que él; pero éste es un paralelo que ni vos ni yo tenemos gran interés en establecer.

La señora de Scuderi consiguió, no sin esfuerzo de M. de Miossens, que la acompañara á casa de Arnaud d'Audilly, á fin de comunicarle los pormenores de esta funesta historia y de concertarse sobre la manera de parar los golpes de la Reynie.

El célebre abogado se hizo repetir muchas veces una parte de las circunstancias más delicadas del asunto, y se aseguró de que el conde de Miossens podría, llegado el caso, establecer la identidad de Cardillac y

reconocer en Oliverio Brusson al hombre que se había llevado el cadáver.

—Hay más—repuso el coronel de los guardias;—entre las piezas de convicción depositadas en el bufete del presidente la Reynie, encuéntrase mi puñal; lleva en la empuñadura una cifra que puedo indicar: en cuanto á Oliverio Brusson, le reconoceré entre mil.

—Todos nuestros esfuerzos—repuso M. d'Audilly—no deben tener más objeto que obtener una prórroga; las confesiones de Oliverio no bastarían para salvarle. La sospecha de complicidad le hace incurrir en pena capital. Con todo, es menester que M. de Miossens se presente en casa de la Reynie y le diga: Tal día, á tal hora de la noche, he visto asesinar á un hombre en la calle de San Honorato; otro hombre, acudiendo á los gritos de la víctima, se ha precipitado sobre su cadáver, y creyendo reconocer en él un resto de vida, se lo ha llevado en brazos. Este hombre era Oliverio Brusson. Así se abrirá un nuevo interrogatorio, y en vez de ser sometido el reo á la tortura se procederá á una investigación jurídica. Sea cual fuere el resultado, os quedará, señora, un recurso casi infalible en la clemencia del rey. Á mi parecer, lo mejor y lo más breve sería pedirle una audiencia y contarle todo lo que sabéis. Todas las diligencias que la justicia practique sólo darán seguramente por resultado descubrimientos insuficientes para motivar una sentencia. La Cámara Ardiente, en las circunstancias críticas en que nos encontramos, juzga y condena un poco por indicios, pero el rey puede ejercer su prerrogativa y usará de ella si su conciencia no se opone.

El consejo de Arnaud d'Audilly fué aprobado. Lo más difícil era acercarse á Luis XIV, pues madama de Maintenon rehusaba su intervención, creyendo que Oliverio Brusson era el capitán de los bandidos cuya persecución había costado ya tanto.

La señora de Scuderi, reducida á sus propias inspiraciones, tomó un partido animoso: vistióse de negro, se engalanó con el collar y los brazaletes de Cardillac, y cubierta con un largo velo, presentóse en casa de la favorita, á la hora que el rey estaba allí. Todos se inclinaban con respeto á su paso, y el mismo rey al verla, levantóse y le salió al encuentro. Al observar el brillo de las pedrerías exclamó:

—¡Dios mío! ¿Es ese el aderezo del pobre Cardillac?

Entablada así la conversación, la señora de Scuderi se aprovechó de todas las ventajas para referir lo que sabía; pintó con los más vivos colores la desesperación de Madelon, y no ocultó la protección que en su concepto debía dispensar á aquella pobre joven contra la brutalidad de los agentes de la justicia, refiriendo también las entrevistas con la Reynie, Desgrais, y Oliverio Brusson.

Luís XIV escuchaba con atención, y como su interés iba en aumento, antes de que tuviera tiempo de hacer la menor reflexión, la señora de Scuderi, arrodillándose á sus pies, le pidió el indulto de Oliverio.

—Por Dios, señora—exclamó.—¿Qué hacéis? ¿Cómo favoreceros? ¿No sería mi clemencia un acto de ciega debilidad?

—Pero, señor, las declaraciones del conde de Miossens, las diligencias judiciales, en cuya virtud se puede y debe registrar de arriba abajo la casa de Cardillac, el grito del corazón, ese grito que os conmueve ya, las lágrimas de Madelon, que ama á Oliverio; todo esto ¿no bastará para llevar á vuestro ánimo convicciones menos desfavorables al joven acusado, cuya inocencia quisiera yo demostrar al mundo entero?

Luís XIV, profundamente conmovido, iba á replicar, cuando un ligero rumor atrajo su mirada hacia el gabinete donde trabajaba el ministro Louvois, y al punto entró en él. Madama de Maintenon y la señora

de Scuderi quedaron solas, mirándose con ansiedad; aquella brusca salida del rey les parecía de mal agüero para el asunto de que se le acababa de hablar tan de improviso; pero al cabo de algunos minutos el monarca entró de nuevo en la cámara de madama de Maintenon, y acercándose á la señora de Scuderi con una sonrisa llena de exquisita galantería, díjole á media voz:

—Me agradaría ver á esa Madelon....

—¡Señor—exclamó la autora de *Clelia*—vuestros menores deseos son órdenes del cielo!

Y levantándose al momento, corrió tan presurosa como se lo permitía su edad, al salón de espera que precedía al tocador de la favorita, y exclamó:

—¡Madelon Cardillac! ¡venid á postraros á los pies del rey de Francia!

Cuando Luís XIV vió arrodillada ante sí en actitud desolada á la pobre hija del platero, admiró primero la deliciosa belleza de la joven; cogiéndola después las manos, y levantándola suavemente fijó en ella una profunda mirada, palideció ligeramente y dejola caer de hinojos nuevamente.

Madama de Maintenon frunció el ceño, y acercándose á la señora de Scuderi le dijo:

—Quisiera que esa muchacha estuviese ya lejos de aquí; se parece en un todo á la señorita de la Vallière, y este recuerdo acaba de producir en el rey una dolorosa emoción; pero vuestra causa está ganada.

—¿Había oído el rey algo de las últimas palabras de madama de Maintenon? No podría decirse. Fijó su mirada en el memorial que le presentaba Madelon Cardillac y no pronunció más que estas palabras:

—Después de la sentencia de la Cámara Ardiente, sabréis mi respuesta.

Y haciendo una señal con la mano, despidió á la pobre suplicante, que salió bañada en llanto.

Algunos días después, el texto de las declaraciones

del conde de Miossens ante la Cámara Ardiente circulaba por todo París: al horror que había inspirado en un principio Oliverio Brusson siguióse un sentimiento de piedad, y se hicieron algunas demostraciones bajo las ventanas del presidente la Reynie.

—¡Entregadnos á Oliverio Brusson!—gritaba la multitud.—¡Es inocente de todo crimen!

Fué preciso que el jefe del tribunal de sangre hiciese guardar su casa por un fuerte destacamento, para sustraerse á temibles vías de hecho.

Entre tanto, el proceso de Oliverio se instruía muy minuciosamente y con la más rigurosa investigación. El rey no hablaba, pero sabíase que había tenido con Mr. de Miossens una entrevista secreta; por su orden habíase practicado de noche un escrupuloso registro en la casa de Cardillac, y terminada esta diligencia, y reunidos todos los autos, Luís XIV hizo llamar á la señora de Scuderi á la cámara de madama de Maintenon y salióle al encuentro con la gracia con que sabía hacer todas las cosas.

—Os felicito, señora—dijo:—vuestro protegido queda libre; pero no debéis al rey la gracia de Oliverio Brusson, pues su inocencia ha sido proclamada por sentencia de la Cámara Ardiente. Se os entregarán de mi parte mil luíses que doy en dote á Madelon Cardillac. Que se casen, puesto que se aman; pero que se alejen para siempre de París y de Francia... ¡Yo lo quiero!

Oliverio Brusson y la hija de Cardillac marcharon á Ginebra para acabar sus días en una tranquila obscuridad, conservando hasta la muerte un dulce recuerdo de la abnegación de la señora de Scuderi.

Un año después de estos acontecimientos, fijóse una notificación pública en todas las ciudades del reino, con el sello de monseñor Harlay de Champvalon, arzobispo de París, y de Pedro Arnaud de Audilly abogado del parlamento, anunciando que un pecador mo-

ribundo había legado á la iglesia, bajo secreto de confesión, un rico tesoro compuesto de joyas adquiridas por el robo. En su consecuencia, avisábase á todos los que hubieran perdido, durante el año 1680, por hurtos ó ataques nocturnos, algunos objetos de valor, como diamantes, alhajas y pedrerías, que mediante las señas exactas, acompañadas de las pruebas de propiedad ó de herencia, se les devolverían inmediatamente los objetos sustraídos, joyas y adornos.

Todo lo que no fué reclamado, ingresó en el tesoro de la parroquia de San Eustaquio.

